

Más tarde supo que había muerto una de las hijas del general Guardia, y que al día siguiente llevarían el cadáver a San José.

El tren en que llevaron el cadáver iba lleno de personajes notables, civiles y militares, el cuerpo diplomático, varios sacerdotes y gran acompañamiento. Los coches del tren estaban enlutados. En dicho tren le tocó viajar a San José a mi hermano Enrique.

Ya que trato de entierros, voy a hablar de la costumbre que había en aquella época en San José para los entierros, y digo en aquella época porque no sé si haya cambiado.

Entre nosotros se da el toque de campana que llaman doble, y antes y al final se dan dos clamores si el difunto es mujer, tres si es hombre, cuatro si es un sacerdote, cinco cuando es un fraile, para los obispos se dan cincuenta y cuando muere el Papa cien.

En Costa Rica, según las categorías y las posibilidades pecuniarías del difunto, se dan los clamores, pues cada clamor tiene su estipendio; así es que al contratar el entierro se dice con cuántos clamores se quiere, de manera que por los clamores no se puede saber si el muerto es hombre o mujer, como sucede aquí.

En los entierros, durante la vigilia y la misa distribuyen a los concurrentes velas de esperma más o menos grandes y más o menos lujosas: esas velas van enlutadas con una espiral negra pintada en la vela o con una cinta de raso negra y angosta, también en forma de espiral.

Los concurrentes encienden sus velas y las colocan en el pavimento. Al salir, el dueño de la vela puede llevársela o dejarla, pues hay gentes que van a los entierros para recoger las velas que otras personas dejan.

En una ocasión en la catedral el número de campanas, y que la

Supe que se trataba de una vieja que había sido de la familia Echeverría, que era una familia muy rica; y que se iba a dar de un entierro tan solemne.

Estando niñita la madre me contó que estaba muy vemente enfermo y que se iba a morir.

Pusieron el cadáver en un ataúd y la madre y la negrita que estaba con ella lloraban mucho porque el muerto no se separaba de ellas.

Entró un sacerdote y dijo un oración por el difunto.

Al aspergiar el agua bendita en los labios del difunto, la madre gritó: ¡Mamá muerta! gritó la madre.

Le preguntaron por qué decía eso.

—Al niño Manuel se le cayó la lengua fuera de la boca y se murió.

Volvió a decir que el joven no estaba muerto.

Así, pues, la madre me contó que haber sido enterrada con el hijo de este muy mísero y que se murió ya anciana.

que tanto me llamó la atención.

Enfermedades.

Estando en el hospital me dio una fiebre muy alta, un dolor en todo el cuerpo y me